

## LEER A SABATO

Dada la resonancia de la obra y la figura de Ernesto Sábato, informar acerca de los numerosos pronunciamientos críticos que configuran parte del final del circuito abierto por la escritura, el de su recepción cualificada, se convierte en una tarea vasta: son múltiples los artículos, las reseñas, los estudios que acusan una recepción cálida y entusiasta, en unos casos, polémica en otros, escéptica cuando no condenatoria en aquellos que encuentran injustificada su repercusión.

Medir todo este material con un rasero objetivo no es tarea fácil: inmediatamente se advierte al menos una de las causas de la controversia: el escritor argentino ha acompañado a sus ficciones con una prédica incesante, no solamente en sus libros de ensayos, sino también a través de los medios de difusión masivos. No son solamente las entrevistas en las que Ernesto Sábato aparece opinando acerca de literatura, de los problemas del país, del modo de ser de sus gentes, de la revolución cubana, del porvenir de América Latina, etc. Son, también, sus propios artículos, dirigidos a un público masivo, en los que procura difundir un pensamiento, mostrar una actitud, los que acaban por conformar una imagen pública, una personalidad no solamente comprometida con la problemática general de su país y de su tiempo, sino una personalidad pública notoria y popular, en la medida en que la popularidad viene dada por la mayor aceptación.

Ernesto Sábato no es un escritor minoritario. Su temática y el modo de abordarla recaen en realidades mayoritarias, tan incontrovertibles como el tango, el léxico se nutre de frases tan celebradas en el habla corriente de los argentinos como la ponderación de «la universidad de la vida», es constante su apelación al modo de sentir «del pueblo», a su bondad, a su calidez humana. La imagen de Sábato en los periódicos, sus respuestas, sus juicios, sus apelaciones al decir de todos los días, dista enormemente de la del escritor maldito, o de la de sus personajes torturados, de su Pablo Castel, de su Fernando Vidal Olmos, de su propio Sábato, personaje de *Abaddón*, su última novela.

Véase, como curiosidad, los títulos de algunos de los reportajes: «Una sola universidad: la de la vida» (*Tarea* núm. 5, 9-IX-59); «El escritor "inconforme" Ernesto Sábato» (*Índice*, marzo 1962); «El tango, un pensamiento triste que se baila» (*Clarín*, 22-IX-63); «Sábato y sus fantasmas» (*La Gaceta*, 1963); «Sábato: el viento y la muerte» (*Gente*, 21-III-68); «Ernesto Sábato: Aprovechar las enseñanzas de los Grandes Escritores» (*Clarín*, 3-X-68); «La ventaja del arte sobre sueño» (*Raíces* núm. 6, junio 1969); «Defectos y virtudes de los argentinos» (*La Prensa*, 4-VII-70); «La importancia de llamarse Ernesto Sábato».

En la prédica de Ernesto Sábato se detecta un apasionamiento sostenido, provocador, que apela y promueve la manifestación del otro, buscando, quizá, el espejo que le devuelva su propia imagen, controvertida, aceptada, rechazada, pero en todos los casos vital, vigente. A poco de transitar las páginas del lote de artículos y comentarios, puede advertirse también el apasionamiento de los que comentan las obras de Ernesto Sábato. Tal vez, en lo tocante a los críticos argentinos, ello se deba a que el escritor toca algunos de los resortes más sensibles de un intenso debate: Argentina como nación, su idiosincrasia, su historia, sus posibilidades, su futuro.

Y si asomarse a la historia acarrea quebraderos de cabeza al creador de ficciones, íntimamente compenetrado con sus demonios interiores —diremos mejor, fantasmas, en justo reconocimiento a *El escritor* y su teoría de la creación estética, anterior en el tiempo a la de los demonios vargallosiana—, asomarse a la literatura significará, también, exasperar su propia situación: Ernesto Sábato es un espacio de convergencias en el que los síntomas de la aguda crisis general del siglo XX han de operar sobre una hipersensibilidad y una notable inteligencia, acentuando, quizá, las marcas de un proceso que, en todos los tiempos, suele cuajar para dar a luz los signos de la escritura.

En él convergen la contención propia de la estética propiciada por los que se nuclearon en torno a la revista *Sur*, con la que Ernesto Sábato se inicia como escritor (su primer artículo es una nota a propósito de *La invención de Morel*, de Bioy Casares, en 1941), la beligerancia y el desafuero de los surrealistas, con quienes toma contacto en París en 1938, la angustia existencial que lo proyecta hacia Kierkegaard, Sartre, Camus. Su propia formación, se ha repetido, en tanto que científico, lo lleva hacia la «clara ciudad de las altas torres», sus fantasmas lo reclaman desde el territorio «lleno de peligros en el que reina la conjetura». (La frase, como se sabe, inicia el primer libro de ensayos, *Uno y el universo*.)

Es, a no dudarlo, la intensidad de la respuesta literaria sabateana a su propia época, lo que lleva a Arturo Sánchez Riva a ponderar su